

Elizabeth Subercaseaux

## **Las confidentes**

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

La coincidencia de cosas felices es feliz. Pero la coincidencia de cosas nefastas también es feliz. Toda coincidencia es feliz, ya que ofrece al espíritu un placer espiritual. La mayor dicha sin duda no es sino el placer de las coincidencias. Si no, ¿sería realmente un placer ser feliz?

Jean Baudrillard, *Cool Memories*

# Quinn

*Wallingford, Pennsylvania, jueves 3 de abril 2008*

Me pregunta cómo era mi vida en el momento de conocer a Joshua y ¿quiere que le diga algo? Por trágico y patético que suene, mi vida no era tan distinta de la de ahora, para que vea... Levantarse a las siete para ir todos los días a un trabajo aburrido y mal pago. Después a un bar a tomar un par de copas, por si me encontraba con el hombre de mi vida, el príncipe azul, o simplemente para hablar con alguien. Vuelta a la casa a mirar la tele. A veces alquilaba una película en el Blockbuster de Media o veía *Law and Order*. Más o menos así era mi vida cuando conocí a Joshua. Lo único que me diferenciaba de Bridget Jones es que a mí no me gustan los helados y nunca he sido gorda, pero en todo lo demás nos parecíamos bastante, voy a decirle.

Había días, sobre todo los fines de semana, en que me pasaba hasta tres o cuatro horas dándome vueltas por el mall de Springfield, sola o con alguna amiga tan dejada de lado como yo. Comíamos en algún Denny's, una pizza en cualquier parte, o hasta un pretzel con mostaza, porque lo que es yo, no me meto en la cocina. Además, ¿quién va a cocinar para sí misma? Era un pasar sin ton ni son, para qué estarnos con cuentos. Tenía veinticinco años y aunque había comprobado que una mujer podía llevar una vida perfectamente normal sin tener sexo, me hacía falta un compañero, una pareja, alguien con quien compartir.

En eso estaba cuando conocí a Joshua.

Fue en el mismo bar donde iba casi a diario a matar un par de horas antes de volver a mi casa. Él se me acercó y me preguntó si estaba sola. Depende de lo que entiendas por estar sola, le dije. ¿Ve? Sin ni pensarlo, ya estaba coqueteándole. Es que cuando una no tiene nada que perder, hace cualquier cosa, ¿sabe? Además, me pareció muy atractivo, porque lo era. ¿Nunca le he dicho que se parecía a Jeremy Irons? Quítele veinte años a Jeremy Irons, póngale un poco más de pelo, más oscuro y frondoso, y tiene a Joshua.

Joshua me devolvió la pregunta, ¿qué entiendes tú por soledad? Estar sin amor, le dije sin pensarlo dos veces; en ese sentido estoy sola, ¿y tú? Yo, también, dijo, aunque estoy casado. ¿Y eso? ¿Qué hace un hombre casado, solo en un bar, a las siete de la tarde? ¿No se supone que en este momento deberías estar llegando a tu casa, honey I'm home? Entonces fue la primera vez que me habló de Alexa, la muerte de la niñita y todo lo demás. Muy triste, ¿sabe? Supertriste, me dio no sé qué, lo vi como un ser angustiado, incómodo consigo mismo, así como acongojado, buen mozo a matarse, regio en todo el sentido de la palabra y, sin embargo, nada fresco, no parecía uno de esos patanes que se te acercan balanceando el cuerpo a lo John Wayne, aunque sean unos mequetrefes, a ver si te convencen de algo y logran meterte al saco.

Nos quedamos conversando hasta la hora de cierre. Con decirle que el mesero empezó a mirarnos fijo. ¿Nos vamos?, dijo Joshua. Él conocía un motel en el Baltimore Pike donde podríamos tomar otra copa y seguir hablando sin que nadie nos mirara con cara de apuro. Y yo, que siempre he sido bien directa para mis cosas, le pregunté si era sexo lo que andaba buscando. No, dijo, en realidad no, sólo conversar un rato. Me ha gustado mucho hablar contigo. Entonces lo invité a mi casa. Ahí estaremos mucho más cómodos, le dije, tengo una botella de vino y unas cervezas.

Nos fuimos a mi casa y aunque parezca increíble –para mí por lo menos lo era– realmente no era sexo lo que andaba buscando, sino hablar. Y eso fue todo lo que hicimos. Hablar. El sexo empezó después. Nadie va a negar que la nuestra terminó siendo una relación donde el sexo era superimportante, cómo

no iba a serlo, acuérdesse que yo tenía veinticinco años y si una no quiere sexo a esa edad, dígame usted cuándo. Pero ahí también hubo amor, no fue que nos viéramos, nos dijéramos «hi, nice to meet you» y saltáramos a la cama, no. Hubo mucho amor, yo al menos lo sentí así.

¿Después? ¿Después, qué? Ah, sí, sí, claro, yo no lo niego, el sexo FUE importante, ya le he dicho que tirábamos con un desenfreno de locos en el motelito del Baltimore Pike. Yo nunca había tenido un sexo así. Joshua era un hombre experimentado, bastante más que los chicos con los cuales había estado saliendo, el último era uno de esos que te tumban, acaban en un par de minutos y después se quedan dormidos, y andaba siempre pasado de cerveza. No, con Joshua fue otra cosa, muy distinto, yo me enamoré profundamente de él y por un tiempo creí que él también se había enamorado de mí. Después me llegó el balde de agua fría y me sentí estafada, traicionada, usada, engañada, póngale todos los sinónimos que quiera a embaucar a una mujer haciéndole creer que va a pasar una cosa cuando lo que realmente va a pasar es precisamente lo contrario, y él lo sabía desde el principio. Yo, en cambio, no. Joshua me tenía absolutamente convencida de que íbamos a casarnos, reconozco que yo lo presionaba, lo empujaba, abusaba de su paciencia y no había día en que no le preguntara cómo iban los trámites de su divorcio. ¿Que si hizo los trámites? No me haga reír. Seguro que nunca llegó a hablar con Alexa en esos términos, y no es que me lo haya dicho él. Es que yo lo sé. Si hubiera tenido el menor interés en seguir conmigo, no digo casarse, simplemente seguir juntos, ¿se habría esfumado de la faz de la tierra como si se lo hubiera tragado un terremoto? No, pues.

Ya son las ocho. Es increíble cómo se me ha volado el tiempo. ¿Nos vemos, entonces, el próximo jueves?